

RETRATO DE UN LOCO AZUL

Francisco Ramírez Viu

EDICIONES REINO DEL AIRE, 2004

PÁGINAS, 213

ISBN: 84-933746-1-X

(FRAGMENTO)

Han detenido el barco dos veces y han revisado los papeles de cada pasajero, incluso a los niños. Le he entregado mi pasaporte al oficial y he dado gracias a Dios porque fuese italiano. El niño corre de un lado a otro de la cubierta, le grito sin ganas, me mira y sigue corriendo. Está asustado. Sonríe al acordarme de Alekos la noche anterior a la voladura del puente de Gorgopotamos... Daba vueltas por la alcoba, levantando los brazos, contando anécdotas gastadas, silbando canciones... parecía un pájaro enjaulado.

Es sábado. El último sábado de este invierno. Nadie espera en el muelle. Cojo al niño de la mano y bajamos la escalerilla. Dos soldados encienden el motor de sus motocicletas y nos sonríen. La puerta de hierro baja lentamente mientras tres muchachos se encargan de amarrar las cuerdas. Yorgos me tira de la manga hacia atrás, no quiere bajar. Me pregunta el nombre del sitio y le suena tan lejano como a mí. Me gustaría decirle que yo tampoco entiendo nada, que también echo mucho de menos a su hermano y a su tío. Dejo nuestra maleta en el muelle, después le cojo en brazos y bajamos a tierra.

La luz es pálida y sucia. El muelle no es más que una pequeña extensión de piedra y una caseta de madera. Enfrente hay unas pocas casas y una iglesia. Uno de los chiquillos que se encarga de amarrar el barco me dice que espere, que en unos minutos vendrán del pueblo con una furgoneta para acercarnos. Señala hacia arriba, hacia la montaña. Extiende la mano y me guiña el ojo. No tengo nada para darle. Yorgos vuelve a correr, ahora por el muelle, le digo que

no se aleje, que pronto vendrán a recogernos. Vuelvo a mirar al niño que me pide y acaricio su pelo. Después levanto la vista de nuevo y compruebo que Yorgos no se ha alejado demasiado.

Los italianos de las motocicletas hablan con otro que les esperaba. Oí en la radio que pensaban retirarse. O peor, que dejarían todo el control de Grecia en manos de los alemanes. Era tan triste vernos agradecer a los italianos su “ayuda”, su “ayuda”... Ciertamente que muchos habían llegado a punta de fusil, que algunos llevaban más de tres años fuera de casa, que la mitad estaban enfermos de malaria o, en el mejor de los casos, agotados. Decenas de ellos se habían refugiado en las montañas y se habían unido a los grupos de resistencia. Habían entendido que era una guerra fratricida, a pesar de todo. Aris me contaba que en el frente albanés arrojaban las armas al suelo y regresaban llorando al grito de “Grecia é bella”. No podían luchar, no tenían fuerzas para hacerlo. Nuestra simpatía por los italianos era la mejor muestra de nuestra propia desesperación. Recuerdo cómo la madre de Aris besaba las manos de aquel teniente, le acariciaba las mejillas y le llamaba “hijo mío”. ¡Cuánta vergüenza no han tenido que pasar en estos meses! ¡Cuánta desesperación no habrán provocado en su estancia! ¡Pero qué lejos estaban de los alemanes!

Me he sentado sobre la maleta a esperar. Ha pasado más de un cuarto de hora y nadie ha venido a buscarnos. Yorgos se ha quedado dormido a mi lado. No quiero pensar en su familia. Dentro de nueve días es su cumpleaños. En su pasaporte dice que cumplirá cinco años...

He venido aquí para recordar vuestros nombres. Mis nombres. Sé que nada me faltará de vosotros si no dejo de pronunciarlos. Creo adivinar entre la neblina la forma borrosa de otra isla, más pequeña que ésta. El mar palpita perezosamente entre ellas. Lame las rocas rojizas y se aleja para volver de nuevo rítmicamente, con una insistencia que ha llamado mi atención. Aprovecho para hablar en voz alta ahora que el niño duerme. Espero a las

pausas que provoca el ruido de la marea para susurrar palabras. Si no lo hiciera me volvería loca. La marea se ha anticipado y ha apagado el sonido de tu nombre, Aris...

Ahora sé que el mar es el dios que he tenido más cerca. Levanto la vista para contemplarlo. Él ha sido quien nos ha manejado a su antojo como maderos de un naufragio. Quizá lo supo Carmen, que yace ahora como un áncora rota en algún lugar de su oscuro fondo. Pienso también en la dedicatoria de Maiol manchada por la brea en el anverso de su fotografía y no puedo dejar de recordar su sonrisa llena de paz.

Un claxon ha despertado al niño. Un viejo arrugado nos hace señas para que nos acerquemos. Le digo a Yorgos que se adelante él. Quiero mirar de nuevo el mar. En alguna dirección estará el puerto de donde partí. No soy capaz de orientarme. Un golpe de mar me salpica la cara. Él también nos trajo la Guerra, las Guerras... El viejo se impacienta y me llama a gritos. Cojo la maleta y me prometo volver mañana a primera hora. El viejo se llama Dimitris. Me da un pañuelo para que me seque la cara. El coche sube por un camino de arena. Miro por el cristal trasero y por los laterales. Dimitris me pregunta si soy extranjera. Asiento con la cabeza. Las nubes están bajas. Yorgos se ha vuelto a quedar dormido. Dimitris me pregunta qué he venido a hacer aquí, si es por la guerra. Le digo que no, que ésta es la primera vez en toda mi vida que he elegido un destino. Esta roca desolada en mitad del mar, una isla, un pequeño puerto. El viejo me pregunta por la guerra de España. Le digo que estoy muy cansada, que no me apetece hablar. No parece molestarle. Vuelvo a mirar hacia atrás. El mar ha desaparecido. El coche levanta polvo mientras se interna entre olivos salvajes. Me voy quedando dormida mientras recuerdo vuestros nombres...